

TEXTOS DEL TEMA 5: Antropología

Material de trabajo: guía de disertación y textos

DISERTACIÓN 1 DE 3

PROPUESTA DE TEMA

¿Qué nos hace ser quienes somos?

CÓMO HACER UNA DISERTACIÓN FILOSÓFICA

La disertación filosófica es un texto argumentativo en el que defiendes una posición razonada ante una pregunta filosófica. No se trata de dar tu opinión sin más, sino de construir una respuesta fundamentada en argumentos, apoyada en lo que han dicho los filósofos y capaz de considerar posiciones contrarias a la tuya. La finalidad de una disertación es llegar a una verdad lo más objetiva posible, esto es, que pueda ser compartida por todo ser racional. Todos los argumentos, estés personalmente de acuerdo o en desacuerdo con ellos, deben ser expuestos con el máximo rigor y fuerza. La extensión debe estar entre 1200 y 1600 palabras.

I. TRABAJO PREVIO

Paso 1: Elige la pregunta que más te interese

Elige la pregunta sobre la que tengas una opinión más clara, la que te resulte más cercana o la que te provoque más curiosidad. Si tienes una opinión fuerte sobre ella, aunque sea en contra, eso es buena señal: significa que tienes algo que decir. Ve a lo más cercano y sencillo para ti. La complejidad la encontrarás según profundices.

Paso 2: Busca las posibles interpretaciones

Las preguntas filosóficas contienen conceptos que pueden entenderse de varias maneras. Identifica las palabras clave y pregúntate qué pueden significar. Cada significado diferente produce una interpretación distinta de la pregunta.

Por ejemplo, la pregunta ¿Seguimos siendo la misma persona a lo largo de la vida? admite al menos tres interpretaciones:

- Interpretación A: ¿Hay en nosotros algo que permanezca idéntico bajo todos los cambios, como un alma o una sustancia?
- Interpretación B: ¿Es la memoria lo que une al niño que fuimos con el adulto que somos?
- Interpretación C: ¿Es la identidad algo que se descubre, o algo que cada uno construye como quien cuenta una historia? 💡 Tip: Si no se te ocurren varias interpretaciones, prueba a cambiar una palabra clave por un sinónimo: no es lo mismo ¿seguimos siendo la misma persona? que ¿hay un yo permanente? o ¿qué queda de mí cuando todo en mí cambia? o ¿la identidad se tiene o se hace?

Paso 3: Piensa en las implicaciones y elige una interpretación

Cada interpretación tiene implicaciones distintas. Pregúntate: si respondiera que sí, ¿qué se seguiría de ello? ¿Y si respondiera que no? La interpretación más interesante suele ser la que tiene las implicaciones más profundas.

Por ejemplo:

- Si hay una sustancia idéntica bajo los cambios (A), la identidad estaría garantizada pase lo que pase, y habría que explicar entonces por qué nunca la percibimos directamente. Pero si no la hay, la identidad queda pendiente de otra cosa que sí pueda fallar.
- Si la memoria es lo que nos une con nuestro pasado (B), quien pierde la memoria perdería, en algún sentido, su identidad, y habría que decidir si eso es aceptable. Pero si la memoria no basta, habría que decir qué más hace falta.

- Si la identidad se construye como un relato (C), cada uno sería en parte autor de sí mismo, y las responsabilidades del pasado podrían quedar en el aire: ¿puede alguien reescribirse hasta dejar de ser quien fue? Ahora elige la interpretación que te parezca más relevante y explica por qué las otras lo son menos. Sé coherente: sería contradictorio argumentar que la A es la más importante y luego trabajar con la C. Las implicaciones te ayudan a decidir: la interpretación que más cosas pone en juego suele ser la mejor para una disertación.

Paso 4: Formula tu tesis

Escribe en una frase la respuesta que vas a defender. Debe ser clara, concreta y discutible: alguien razonable debería poder estar en desacuerdo con ella. La tesis no contiene argumentos: eso viene después. Puede llevar matices y condiciones (pero, aunque, cuando), pero no justificaciones: si tu tesis lleva un «porque», ese «porque» es tu primer argumento, y su sitio es el desarrollo.

Ejemplos de buenas tesis:

- Seguimos siendo la misma persona a lo largo de la vida, aunque no gracias a una sustancia inmutable, sino a la continuidad de la memoria y del propio proyecto.
- No somos la misma persona a lo largo de la vida: la identidad es una ficción útil que la mente fabrica para ordenar sus estados.

Ejemplos de malas tesis:

- Cambiar es ley de vida. Demasiado vago.
- Cada persona es un mundo. No responde a la pregunta.
- Yo siempre seré yo. No tiene en cuenta ninguna objeción. 💡 Tip: A medida que investigas puede que descubras que tu tesis inicial era incorrecta. Puedes modificarla o reflejar en la conclusión por qué has cambiado de opinión. Una disertación se escribe para llegar a una verdad, no para demostrar que tenemos razón.

Paso 5: Busca argumentos y trabaja con las fuentes

Lee los textos de la pestaña de Práctica y los libros disponibles de la bibliografía buscando argumentos a favor y en contra de tu tesis. Para cada argumento que encuentres, anota:

- La idea principal, con tus propias palabras.
- La referencia completa: autor, año, título y página.
- Tu reacción: ¿estás de acuerdo?, ¿se te ocurre una objeción?, ¿te recuerda a otro autor? Cómo citar. Hay cuatro formas:

Cita directa narrativa. Usa esta opción para dar importancia y protagonismo al pensador en tu texto. Reproduce sus palabras exactas entre comillas. El año va inmediatamente después de su nombre.

Ejemplo: Platón (1986) sostiene que el alma es «lo más semejante a lo divino, inmortal, inteligible, uniforme» (p. 79).

Cita directa parentética. Usa esta opción cuando quieres que el lector se concentre primero en la idea. Reproduce sus palabras exactas entre comillas. Los datos del autor quedan en segundo plano al final de la frase.

Ejemplo: Frente al cuerpo, que cambia y se disuelve, el alma sería «lo más semejante a lo divino, inmortal, inteligible, uniforme» (Platón, 1986, p. 79).

Cita indirecta narrativa. Explicas la idea con tus propias palabras, pero introduces la frase mencionando directamente al autor.

Ejemplo: Platón (1986) distingue dos clases de realidades, las que cambian sin cesar y las que permanecen idénticas, y sostiene que el alma es afín a las segundas, mientras que el cuerpo pertenece a las primeras (pp. 75-79).

Cita indirecta parentética. Explicas la idea con tus propias palabras y colocas toda la información de la fuente junta al cerrar el punto.

Ejemplo: Si existen realidades inmutables y realidades cambiantes, y el alma se parece más a las primeras que a las segundas, entonces lo que somos en el fondo no estaría sometido al cambio que arrastra al cuerpo (Platón, 1986, pp. 75-79).

En todos los casos, después de la cita hay que explicar qué quiere decir el autor y relacionarla con tu argumento. Una cita sin explicación no demuestra nada.

💡 Tip: Cita con año y página la primera vez que atribuyes una idea a un autor. Después, si solo recuerdas o resumes algo que ya has citado antes (por ejemplo, en la valoración o en la conclusión), basta con nombrarlo: «como muestra Ortega...». Repetir el año y la página cada vez que aparece un apellido no es más riguroso, solo más pesado. La regla es sencilla: idea nueva, cita completa; idea ya citada, solo el apellido.

📌 Novedad: en las disertaciones de este tema y de los siguientes, debes identificar la forma lógica de al menos uno de tus argumentos. Más abajo, en la sección de Redacción, se explica cómo hacerlo.

Paso 6: Haz un esquema

Antes de redactar, escribe en tu cuaderno un esquema con la introducción (interpretaciones, implicaciones, elección razonada, tesis), los argumentos a favor y en contra con sus citas, la valoración, la delimitación de tu tesis y la conclusión. Este esquema es tu hoja de ruta.

II. REDACCIÓN

Estructura de la disertación

Introducción (aprox. 15% del texto). Consta de dos partes:

- Primer párrafo: presenta el problema con un gancho que atraiga al lector (una imagen, una paradoja, un dato, una experiencia), despliega las interpretaciones posibles con sus implicaciones, justifica cuál es la más relevante y termina reformulando la pregunta tal como vas a responderla. Esa formulación final es importante: tu conclusión tendrá que responder exactamente a ella.
- Segundo párrafo: formula tu tesis de forma clara y concreta. 💡 Tip: el gancho es el lugar más fácil para colocar un ejemplo propio, y los ejemplos propios puntúan en la rúbrica. Una anécdota, un caso real o una experiencia tuya que plantee el problema vale más que empezar directamente con un filósofo. Además, empezar por algo tuyo es más fácil que empezar por Kant.

Desarrollo (aprox. 70% del texto). Aquí hay dos formas de trabajar:

Estructura básica, para quien necesita un guion claro: - Argumentos a favor de la tesis (al menos 2), cada uno desarrollado con ejemplos y una cita explicada. - Argumentos en contra de la tesis (al menos 2), cada uno desarrollado también con ejemplos y una cita explicada. No los debilites a propósito: expónlos con el mismo rigor que los tuyos. - Valoración: compara ambos lados, señala las fortalezas y las debilidades de cada uno, y explica cuáles pesan más y por qué. Con esta estructura, hecha correctamente, puedes llegar al nivel notable.

Estructura dialéctica, para quien quiere ir más allá: En lugar de separar los argumentos en dos bloques, construye una conversación entre posiciones. Los argumentos se responden entre sí, se señalan sus límites sobre la marcha y el pensamiento progresa. No hay un bloque a favor y un bloque en contra: hay un recorrido en el que cada paso surge del anterior.

Por ejemplo, en lugar de escribir:

Argumento a favor 1: Descartes defiende que el yo es una sustancia pensante indudable. Argumento a favor 2: Agustín sostiene que la memoria nos hace presentes a nosotros mismos. Argumento en contra 1: Hume afirma que solo encontramos percepciones sueltas, nunca un yo... Argumento en contra 2: Nietzsche sostiene que el sujeto es una invención de la gramática...

Podrías escribir:

Descartes sostiene que el yo es una sustancia pensante cuya existencia resulta indudable. Hume acepta el método, mira dentro de la propia experiencia, y vuelve el resultado en su contra: cuando mira dentro de sí, nunca encuentra un yo, solo percepciones sueltas que se suceden. Ahora bien, su objeción prueba que no percibimos el yo, no que el yo no exista: quizá la identidad no sea algo que se percibe, sino algo que se construye...

Esta estructura es más exigente pero produce disertaciones mucho más ricas.

Herramientas para trabajar los argumentos

Estas cuatro operaciones sirven para manejar cualquier argumento, sea tuyo o de la posición contraria. No hay que usarlas todas ni en todas las disertaciones: son ayudas para cuando no sepas cómo seguir. Las dos primeras te servirán en cualquier estructura. Las dos últimas, acotar e invertir, son las que hacen posible la estructura dialéctica: sin ellas, los argumentos no pueden responderse entre sí.

Conceder. Reconocer lo que un argumento tiene de razón antes de responderle. Se escribe con fórmulas como «esta objeción es seria, porque...» o «hay algo verdadero en esta idea». Parece una debilidad y es lo contrario: quien reconoce la fuerza del contrario y aun así le responde resulta mucho más convincente que quien finge que el contrario no decía nada. Lo opuesto es una falacia, el hombre de paja: debilitar la posición contraria para vencerla con facilidad. Ten presente que en la rúbrica el hombre de paja puntúa cero en honestidad intelectual: si la posición contraria queda ridícula en tu texto, es casi seguro que la has caricaturizado.

Buscar un contraejemplo. Si un argumento afirma algo con «todos», «siempre» o «nunca», un solo caso contrario lo derriba. Si alguien dice «todos los profesores mandan deberes» y encuentras uno que no manda, la afirmación era falsa. Cuidado: contra «la mayoría de los profesores mandan deberes» un caso contrario no prueba nada, porque esa afirmación ya contaba con las excepciones. Esta herramienta no siempre podrá usarse, y no pasa nada: solo funciona con afirmaciones universales.

Acotar. Aceptar que un argumento prueba algo y mostrar hasta dónde llega de verdad: «tienes razón, pero no tanta». La manera habitual de acotar es distinguir: separar dos cosas que estaban mezcladas y mostrar que el argumento vale para una pero no para la otra. La distinción puede ser de grado (los videojuegos no son malos; jugar demasiado, sí) o de aspecto (que todos los ladrillos de un edificio vengan de la fábrica no significa que el plano del edificio venga de ella). Acotar sirve también con tu propia tesis: decir bajo qué condiciones se sostiene, o qué casos no resuelve, puntúa en la rúbrica.

Invertir. Mostrar que un argumento, bien entendido, prueba lo contrario de lo que pretendía. Quien afirma que la filosofía no sirve para nada está defendiendo una tesis filosófica, así que necesita la filosofía para atacarla. Es la herramienta más espectacular cuando funciona y la más ridícula cuando se fuerza: úsala solo si la inversión es real.

 **Tip:** existen más herramientas (el experimento mental, la reducción al absurdo, el dilema, la autorrefutación) explicadas con ejemplos en la página de Técnicas argumentales.

Cómo comprobar tu desarrollo

Muchas disertaciones parecen dialécticas y son una lista disfrazada. Hay dos pruebas para comprobarlo antes de entregar.

La prueba del orden. Coge dos argumentos que estén del mismo lado (dos a favor, o dos en contra) e imagina que los intercambias. ¿Se entiende igual? Si sí, están yuxtapuestos: cada uno va por su cuenta, como en una lista. Si no, porque el segundo se apoyaba en el primero o respondía a una objeción que este había dejado abierta, hay una cadena. En una estructura dialéctica de verdad, casi ningún párrafo del desarrollo puede moverse sin romper algo.

La prueba de los conectores. Mira con qué palabras empieza cada párrafo del desarrollo. Los conectores de suma (además, por otra parte, también, en segundo lugar) indican que estás añadiendo: es una lista. Los conectores de respuesta (ahora bien, sin embargo, contra esto cabe objetar, conviene distinguir) indican que estás contestando a lo anterior: es una cadena.

Si todos tus párrafos empiezan con conectores de suma, tu texto es una lista, por muchos autores que cites. Y no se arregla cambiando las palabras: hay que cambiar lo que hacen los párrafos.

Sobre la forma lógica

En tu disertación, al menos uno de los argumentos que utilices debe ir acompañado de la identificación explícita de su forma lógica. Las formas más habituales son el modus ponens (si P entonces Q; P; luego Q), el modus tollens (si P entonces Q; no Q; luego no P) y el silogismo disyuntivo (P o Q; no P; luego Q).

Para hacerlo, escribe el argumento en prosa normal y añade a continuación una frase que nombre la forma lógica y muestre su estructura aplicada a ese argumento concreto. Por ejemplo:

Si la identidad personal dependiera únicamente de la memoria, quien olvida su pasado dejaría de ser la misma persona. Pero quien olvida su pasado no deja de ser la misma persona, ni ante la ley ni ante los suyos. Luego la identidad personal no depende únicamente de la memoria. Este argumento sigue la forma de un modus tollens.

Debe quedar integrado en la prosa, no entre paréntesis ni en un esquema aparte: la forma lógica sirve para exhibir la estructura de un razonamiento que ya era bueno, no para disfrazar uno que no lo era.

Conclusión (aprox. 15% del texto). Debe hacer tres cosas:

- Responder a la pregunta tal como la reformulaste al final de la introducción, explicando si te reafirmas en la tesis o si cambias de postura, y qué argumentos han pesado más.
- Delimitar tu tesis: bajo qué condiciones se sostiene, qué casos no resuelve, o qué tendría que ocurrir para que dejara de ser válida. Ninguna tesis lo explica todo, y precisarlo no la debilita: la hace más fuerte. La rúbrica lo premia dentro de la honestidad intelectual.
- Señalar las consecuencias o implicaciones para el mundo actual. 💡 Tip: Las mejores conclusiones vuelven al principio y cierran el círculo. Si abriste con una imagen, una pregunta o un dato sorprendente, retómalo aquí y muestra cómo tu argumentación le ha dado un sentido nuevo.

Bibliografía. Al final del texto, tras la conclusión, incluye una lista de las obras que has citado. No cuenta para el límite de palabras. El formato es el siguiente:

Apellido, N. (año). Título de la obra (trad. N. Apellido). Editorial. Por ejemplo:

- Hume, D. (2012). Tratado de la naturaleza humana. En David Hume. Gredos.
- Ortega y Gasset, J. (1964). «Historia como sistema». En Obras completas, tomo VI. Revista de Occidente.

Consejos de redacción

- Busca una apertura que enganche: una imagen, una paradoja, un dato sorprendente, una pregunta provocadora, una experiencia personal.
- Haz frases cortas y claras. Evita las subordinadas en cadena.
- Busca las palabras exactas. Evita afirmaciones vagas.
- Los ejemplos que puntúan como propios son los que no aparecen ni en los textos de práctica ni en clase: de tu experiencia, de la actualidad, de la naturaleza, de la cultura. Un buen ejemplo propio no solo adorna: si al quitarlo el argumento pierde fuerza, es que estaba haciendo trabajo de verdad. Esa es la diferencia que la rúbrica premia.
- Una cita sola, sin explicación, no demuestra nada. Explica siempre qué quiere decir el autor y por qué es relevante para tu argumento.
- Un argumento no es una frase. Requiere desarrollo, ejemplo y, si puede ser, una cita explicada.
- Reserva la primera persona para la tesis y la conclusión. En el desarrollo, expón los argumentos de forma impersonal.

Fases de escritura

Producción. Escribe todas las ideas sin preocuparte por el orden ni la corrección. El objetivo es sacar todo lo que tienes en la cabeza.

Edición. Ordena las ideas, redacta los párrafos, integra las citas con su explicación, conecta los argumentos entre sí.

Revisión. Lee el texto completo: ¿se entiende la tesis?, ¿los argumentos la sostienen?, ¿las citas están explicadas?, ¿la conclusión responde a la pregunta y delimita la tesis? Aplica la prueba del orden y la de los conectores. Comprueba la ortografía, cuenta las palabras y pasa a limpio.

Ejemplo de disertación

La siguiente disertación es un ejemplo de cómo aplicar los pasos anteriores. No es un modelo perfecto: es un ejemplo de trabajo bien hecho que puedes usar como referencia.

¿Seguimos siendo la misma persona a lo largo de la vida?

En 1953, un joven estadounidense llamado Henry Molaison fue operado para tratar una epilepsia grave. La cirugía funcionó contra las crisis, pero tuvo un efecto que nadie esperaba: Henry perdió la capacidad de formar recuerdos nuevos. Durante los cincuenta y cinco años que le quedaban de vida, cada persona que conocía volvía a ser un desconocido a los pocos minutos, y cada mañana su historia se detenía en

1953. Y sin embargo, quienes lo trataron durante décadas coincidían en algo notable: seguía siendo Henry, con su carácter afable, su paciencia y su sentido del humor. Su caso plantea con crudeza la pregunta «¿seguimos siendo la misma persona a lo largo de la vida?», que admite varias lecturas. Puede referirse a si hay en nosotros algo que permanezca idéntico bajo todos los cambios, como un alma o una sustancia: si lo hay, la identidad estaría garantizada, pero habría que explicar por qué nunca lo percibimos. Puede referirse a si la memoria es lo que une al niño que fuimos con el adulto que somos: si lo es, quien la pierde perdería en algún sentido su identidad, y el caso de Henry lo desmiente a medias. O puede referirse a si la identidad es algo que se descubre o algo que se construye: si se construye, cada uno sería en parte autor de sí mismo. La segunda y la tercera lectura son las más fecundas, porque no dan por resuelto lo que está en juego, y pueden tratarse juntas: ambas buscan la identidad en algo que hacemos, no en algo que tenemos. La pregunta, entonces, es esta: si no hay una sustancia inmutable que nos sostenga, ¿de qué está hecha la continuidad que nos permite decir «sigo siendo yo»?

La tesis que defenderé es que seguimos siendo la misma persona a lo largo de la vida, aunque no gracias a una sustancia inmutable: la identidad se sostiene sobre la continuidad de la memoria y del propio proyecto.

La posición clásica contraria a esta tesis merece exponerse primero y con toda su fuerza, porque es la más intuitiva. Descartes sostiene que el yo es una sustancia pensante cuya existencia resulta indudable: puedo dudar de mi cuerpo y del mundo entero, pero no de que existo mientras pienso, y ese algo que piensa, duda, afirma y niega es lo que soy (Descartes, 2011, pp. 170-174). Si esto es correcto, la identidad está asegurada de antemano: bajo todos los cambios habría un mismo sujeto pensante, simple e idéntico, que los atraviesa intacto. La fuerza de la posición está en su punto de partida: nadie puede negar que hay pensamiento.

Contra esta seguridad se levanta la objeción de Hume, y conviene apreciar su precisión. Acepta el método cartesiano de mirar dentro de la propia experiencia, y encuentra otra cosa: cuando entra en lo que llama «sí mismo», tropieza siempre con alguna percepción particular, de calor o frío, de placer o dolor, y jamás consigue atraparse a sí mismo sin percepción alguna. De ahí concluye que no somos sino un haz de percepciones que se suceden con rapidez inconcebible (Hume, 2012, pp. 265-266). El argumento admite una formulación exacta: si el yo fuera una sustancia simple e idéntica, deberíamos tener alguna impresión constante de ella; pero no tenemos ninguna impresión constante de tal cosa; luego el yo no es una sustancia simple e idéntica. Este argumento sigue la forma de un *modus tollens*.

La objeción es seria y no puede esquivarse, pero conviene acotar lo que prueba. Hume demuestra que no percibimos un yo sustancial, y de ahí se sigue que la identidad no puede apoyarse en una sustancia observable. No se sigue, en cambio, que no haya identidad alguna: una cosa es que el yo no sea un objeto que se encuentra al mirar dentro, y otra que la palabra «yo» no nombre nada. La ley, la promesa, la culpa y la gratitud presuponen que quien actuó ayer es quien responde hoy, y esas prácticas no se derrumban por el hecho de que nadie perciba su sustancia pensante. Lo que la objeción de Hume obliga a hacer es buscar la identidad en otro sitio: no en algo que se tiene, sino en algo que se mantiene.

Agustín señala el primer candidato. En el libro X de las Confesiones describe la memoria como un palacio inmenso donde están guardados el cielo, la tierra y el mar junto con todo lo que ha vivido, y donde, dice, me encuentro también conmigo mismo (Agustín de Hipona, 2010, pp. 482-484). La memoria no sería un simple archivo: sería el lugar donde el pasado sigue siendo mío, y por eso el niño que fui y el adulto que soy pertenecen a una misma vida. La propuesta es poderosa, pero el caso de Henry Molaison marca exactamente su límite. Si la identidad consistiera solo en la memoria, Henry habría dejado de ser Henry en 1953, y no fue así: su carácter, su trato y su manera de estar en el mundo persistieron cuando los recuerdos ya no podían formarse. La memoria sostiene mucho de lo que somos, pero no lo sostiene todo.

Ortega ofrece la pieza que falta. Sostiene que el hombre no tiene naturaleza, sino que tiene historia: no somos una cosa hecha, sino un quehacer, un proyecto que va decidiéndose en cada situación, y lo que hemos sido opera como el repertorio desde el cual elegimos lo que vamos a ser (Ortega y Gasset, 1964, pp. 32-41). Con esto, la identidad deja de ser un objeto y pasa a ser una tarea: soy el mismo no como una piedra es la misma, por inercia, sino como una novela es la misma, por la trama que une sus capítulos. Y esta idea permite entender lo que la memoria sola no explicaba: la continuidad de Henry no

estaba en sus recuerdos, que ya no se formaban, sino en la manera de ser que su vida anterior había ido labrando y que seguía actuando en él.

A la luz de este recorrido, considero que seguimos siendo la misma persona, aunque no del modo en que la tradición lo esperaba. Descartes acierta al señalar que hay algo innegable en la primera persona, pero se excede al convertirlo en una sustancia; Hume acierta al desmontar esa sustancia, pero su argumento no alcanza a la identidad como continuidad; Agustín y Ortega muestran de qué está hecha esa continuidad: de memoria y de proyecto, de lo que conservamos y de lo que vamos haciendo con ello. Conviene, con todo, delimitar la tesis. Se sostiene mientras exista alguna continuidad, de recuerdos, de carácter o de proyecto, que enlace los estados de una vida; en los casos extremos en que toda continuidad se pierde, la pregunta por la identidad deja de tener una respuesta clara, y es honesto reconocer que ahí la tesis no decide nada. La implicación para el presente es directa: si la identidad es en parte tarea, entonces no está simplemente dada, y cuidar la propia memoria, los propios vínculos y el propio proyecto no es un adorno de la vida, sino la manera de seguir siendo alguien.

Henry Molaison no recordaba a las personas que lo cuidaban, pero les sonreía con la misma amabilidad cada vez que las veía por primera vez. Quizá esa sea la respuesta que su caso ofrece: lo que somos no se guarda solo en lo que recordamos, sino en lo que hemos llegado a ser.

Bibliografía

Agustín de Hipona (2010). Confesiones (trad. O. A. Encuentra). Gredos. - Descartes, R. (2011). Meditaciones metafísicas (trad. M. C. Flórez). En Descartes. Gredos. - Hume, D. (2012). Tratado de la naturaleza humana. En David Hume. Gredos. - Ortega y Gasset, J. (1964). «Historia como sistema». En Obras completas, tomo VI. Revista de Occidente.

III. EVALUACIÓN

Rúbrica de evaluación

Criterio	Deficiente	Aceptable	Notable	Excelente
Estructura e introducción — <i>hasta 2 puntos</i>	0,5 pt. — Falta alguna parte esencial o la organización resulta confusa. La tesis no aparece con claridad.	1 pt. — Introducción, desarrollo y conclusión reconocibles. La tesis se formula con claridad y se retoma al final.	1,5 pt. — La introducción despliega las interpretaciones de la pregunta con sus implicaciones y justifica cuál se elige. La conclusión añade consecuencias o implicaciones actuales.	2 pt. — Además, la interpretación elegida orienta de principio a fin el desarrollo, y la conclusión responde a la pregunta tal como quedó planteada en la introducción.
Argumentación — <i>hasta 3,5 puntos</i>	0,5 pt. — Los argumentos apenas se desarrollan. Faltan ejemplos o citas, o estas no se explican. No se consideran posiciones contrarias.	2 pt. — Presenta al menos dos argumentos a favor y dos en contra, cada uno con ejemplos y una cita explicada. Los argumentos se exponen por separado, sin relacionarse entre sí.	3 pt. — Se comparan las posiciones y se señalan las fortalezas y las debilidades de cada una. La valoración final está razonada.	3,5 pt. — Los argumentos se responden entre sí: se concede lo que la posición contraria prueba y se muestra hasta dónde llega, o se invierte a favor de la tesis. La reflexión progresa. Al menos un argumento presenta de forma explícita su forma lógica.
Honestidad intelectual — <i>hasta 1 punto</i>	0 pt. — La posición contraria se caricaturiza, se presenta en su versión más débil o se le atribuye lo que no dice (hombre de paja).	0,5 pt. — La posición contraria se expone correctamente, aunque de forma escueta.	0,75 pt. — La posición contraria se expone en su versión más fuerte, con el mismo rigor que la propia.	1 pt. — Además, se delimitan las condiciones en que la propia tesis se sostiene, o los casos que no logra resolver.
Ejemplos propios — <i>hasta 1,5 puntos</i>	0,25 pt. — No usa ejemplos, o solo los que aparecen en los textos de práctica y en clase.	0,75 pt. — Usa algún ejemplo propio, aunque resulte decorativo o poco relacionado con el argumento.	1 pt. — Usa al menos dos ejemplos propios, pertinentes y bien elegidos para el argumento que ilustran.	1,5 pt. — Los ejemplos propios no solo ilustran: hacen avanzar el argumento, porque muestran algo que la cita por sí sola no mostraba.
Claridad y precisión expresiva — <i>hasta 2 puntos</i>	0,5 pt. — Vocabulario impreciso. Párrafos poco conectados. Frases difíciles de seguir.	1 pt. — Vocabulario sencillo pero adecuado. El texto se entiende correctamente.	1,5 pt. — Vocabulario preciso y uso correcto de los conceptos filosóficos. Los párrafos se enlazan con conectores adecuados y la lectura es fluida.	2 pt. — Expresión rigurosa y matizada. Cada palabra dice exactamente lo que debe decir. Estilo cuidado.

Nota final: suma de los cinco criterios sobre 10 puntos, menos las penalizaciones. En cada criterio se asigna uno de los cuatro valores de la tabla, sin puntuaciones intermedias.

Sobre la estructura: quien sigue correctamente la estructura básica puede alcanzar el nivel notable. El nivel excelente exige que los argumentos se respondan entre sí, que la reflexión avance más allá de una simple acumulación de ideas y que al menos un argumento presente su forma lógica de manera explícita.

Condiciones de entrega

Si no se cumplen, la disertación no se corrige:

- Entregada en clase, dentro del plazo establecido.
- Escrita a mano, en folios en blanco, con letra legible.

- Al final del texto, tras la bibliografía, debe figurar el número de palabras de la disertación (sin contar la bibliografía). El recuento forma parte del trabajo: llevarlo durante la redacción es la manera de ajustar la extensión mientras aún se puede corregir.

Penalizaciones

Concepto	Descuento
Extensión (no acumulable: se aplica solo el tramo correspondiente, sobre el número de palabras declarado) — <i>Desviación de hasta 100 palabras (1100-1199 o 1601-1700)</i>	–0,5
Desviación de 100 a 200 palabras (1000-1099 o 1701-1800)	–1
Desviación superior a 200 palabras (menos de 1000 o más de 1800)	–2
Presentación (acumulable hasta un máximo de –1) — <i>Sin sangría en la primera línea de cada párrafo</i>	–0,25
Sin márgenes	–0,25
Tachones o correcciones visibles	–0,5
Ortografía (acumulable, sin límite) — <i>Por cada falta de ortografía</i>	–0,25
Por cada falta de tilde	–0,05

TEXTOS

La Mónada, de la que vamos a hablar aquí, no es sino una sustancia simple que entra en los compuestos; simple quiere decir sin partes. Es, empero, preciso que haya sustancias simples, puesto que hay compuestos; pues lo compuesto no es sino un montón o aggregatum de simples. Ahora bien, allí donde no hay partes, tampoco hay extensión, ni figura, ni divisibilidad posibles. Y estas Mónadas son los verdaderos Átomos de la Naturaleza y, en una palabra, los Elementos de las cosas. En ellas tampoco hay que temer disolución alguna, ni es concebible modo alguno por el que una sustancia simple pueda perecer naturalmente. Por la misma razón, no hay modo alguno por el que una sustancia simple pueda comenzar naturalmente, puesto que no puede formarse por composición. Cabe afirmar, por lo tanto, que las Mónadas no pueden comenzar ni acabar más que de repente, esto es, no pueden comenzar, a no ser por creación, ni acabar, a no ser por aniquilación; lo que es compuesto, por el contrario, comienza o acaba por partes. Tampoco hay medio de explicar cómo una Mónada pueda ser alterada o cambiada en su interior por alguna otra criatura, puesto que en ella no cabe trasponer nada ni concebir movimiento interno alguno que pueda ser excitado, dirigido, aumentado o disminuido dentro de ella, como sí es posible en los compuestos, en donde hay cambio entre las partes. Las Mónadas no tienen en absoluto ventanas por las que pueda entrar o salir algo. Es preciso, incluso, que cada Mónada sea diferente de otra cualquiera. Pues nunca se dan en la Naturaleza dos Seres que sean perfectamente el uno como el otro, y en donde no sea posible hallar una diferencia interna o fundada en una denominación intrínseca.

Leibniz, G. W. (1981). Monadología. Pentalfa, §§ 1-9, pp. 73-79.

—¿Le conviene, por tanto, a lo que se ha compuesto y a lo que es compuesto por su naturaleza sufrir eso, el descomponerse del mismo modo como se compuso? Y si hay algo que es simple, solo a eso no le toca experimentar ese proceso, si es que le toca a algo. —Me parece a mí que así es —dijo Cebes. —¿Precisamente las cosas que son siempre del mismo modo y se encuentran en iguales condiciones, éstas es extraordinariamente probable que sean las simples, mientras que las que están en condiciones diversas y en diversas formas, éstas serán compuestas? —A mí al menos así me lo parece. —Vayamos, pues, ahora —dijo— hacia lo que tratábamos en nuestro coloquio de antes. La entidad misma, de cuyo ser dábamos razón al preguntar y responder, ¿acaso es siempre de igual modo en idéntica condición, o unas veces de una manera y otras de otras? Lo igual en sí, lo bello en sí, lo que cada cosa es en realidad, lo ente, ¿admite alguna vez un cambio y de cualquier tipo? ¿O lo que es siempre cada uno de los mismos entes, que es de aspecto único en sí mismo, se mantiene idéntico y en las mismas condiciones, y nunca en ninguna parte y de ningún modo acepta variación alguna? —Es necesario —dijo Cebes— que se mantengan idénticos y en las mismas condiciones, Sócrates. —¿Qué pasa con la multitud de cosas bellas, como por ejemplo personas o caballos o vestidos o cualquier otro género de cosas semejantes, o de cosas iguales, o de todas aquellas que son homónimas con las de antes? ¿Acaso se mantienen idénticas, o, todo lo contrario a aquéllas, ni son iguales a sí mismas, ni unas a otras nunca ni, en una palabra, de ningún modo son idénticas? —Así son, a su vez —dijo Cebes— estas cosas: jamás se presentan de igual modo. —¿A cuál de las dos clases de cosas, tanto por lo de antes como por lo que ahora decimos, te parece que es el alma más afín y connatural? —Cualquiera, incluso el más lerdo en aprender —dijo él— creo que concedería, Sócrates, de acuerdo con tu indagación, que el alma es por completo y en todo más afín a lo que siempre es idéntico que a lo que no lo es. —Examina, pues, Cebes —dijo—, si de todo lo dicho se nos deduce esto: que el alma es lo más semejante a lo divino, inmortal, inteligible, uniforme, indisoluble y que está siempre idéntico consigo mismo, mientras que, a su vez, el cuerpo es lo más semejante a lo humano, mortal, multiforme, irracional, soluble y que nunca está idéntico a sí mismo.

Platón (1986). Fedón. En Diálogos, Tomo III (trad. C. García Gual). Gredos, 78b-80b, pp. 75-79.

Rebasaré, pues, esa fuerza de mi naturaleza subiendo peldaños hacia el que me hizo. Y llego a los campos y al espacioso cuartel general de la memoria, donde están los tesoros de innumerables imágenes transportadas por los sentidos en relación a todo tipo de cosas. Allí ha sido escondido incluso todo cuanto pensamos, ya aumentando, ya disminuyendo, ya variando, del modo que sea, lo que haya tocado el sentido, incluso si le ha sido confiado y almacenado algo que todavía no haya absorbido y sepultado el olvido. Cuando estoy allí pido que me sea mostrado todo cuanto quiero. Y algunas cosas se presentan al momento; algunas hay que buscarlas durante más tiempo y son arrancadas como de unos receptáculos muy abstrusos; algunas se precipitan en masa y, mientras se solicita y se busca otra cosa, saltan al medio, como si dijese: «¿no somos nosotras por casualidad?». Y con la mano del corazón las aparto del rostro de mi recuerdo hasta que quede despejado lo que quiero y salte a la vista desde sus escondrijos. Allí están archivadas separadamente y por clases todas las que han sido introducidas, cada una según su puerta de entrada, como la luz y todos los colores y formas corpóreas, por los ojos; por las orejas, en cambio, todo tipo de sonidos; y todos los olores por la entrada de las fosas nasales, todos los sabores por la entrada de la boca. Dentro es donde hago estas cosas, en la enorme sala de mi memoria. Lo cierto es que allí están a mi disposición el cielo, la tierra y el mar junto con todo lo que pude percibir en ellos, salvo aquello que he olvidado. Allí también me salgo yo mismo al encuentro y me rememoro: qué he hecho, cuándo y dónde, y de qué manera me sentía cuando lo hacía. Allí está todo lo que recuerdo que han sido mis experiencias o mis creencias. De entre esa misma abundancia, también yo mismo voy entretejiendo de aquí y de allá semejanzas con hechos anteriores, y a partir de ellas concibo también acciones futuras, y acontecimientos, y esperanzas, y todas estas cosas, de nuevo, como si estuviesen presentes. Grande es este poder de la memoria, demasiado grande, Dios mío, un depósito interior amplio e infinito. ¿Quién ha llegado a su fondo? Y éste es el poder de mi espíritu y pertenece a mi naturaleza, y yo mismo no abarco todo lo que soy.

Agustín de Hipona (2010). Confesiones, Libro X, 8, 12-14 (trad. O. A. Encuentra). Gredos, pp. 482-484.

Supongo entonces que todas las cosas que veo son falsas; me persuado de que, de todo lo que mi memoria repleta de mentiras me representa, nada ha sido jamás; pienso que no tengo sentidos; creo que el cuerpo, la figura, la extensión, el movimiento y el lugar no son más que ficciones de mi espíritu. ¿Qué será entonces lo que podrá ser considerado verdadero? Tal vez únicamente que en el mundo no hay nada cierto. Me he persuadido, empero, de que no había absolutamente nada en el mundo, de que no había cielo, ni tierra, ni espíritus, ni cuerpo alguno; pero entonces ¿no me he persuadido también de que yo no era? Ciertamente no; sin duda que yo era, si me he persuadido, o solo si yo he pensado algo. Sin embargo, hay no sé qué engañador muy poderoso y muy astuto que emplea toda su destreza en engañarme siempre. Pero entonces no hay duda de que soy, si me engaña; y que me engañe cuanto quiera, él no podrá nunca hacer que yo no sea nada mientras que yo piense ser algo. De manera que después de haberlo pensado bien, y de haber examinado con cuidado todas las cosas, hay que llegar a concluir y a tener como firme que esta proposición: yo soy, yo existo, es necesariamente verdadera cada vez que la pronuncie, o que la conciba en mi espíritu. Pero aún no conozco con suficiente claridad lo que soy, yo que estoy cierto de que soy. Pasemos entonces a los atributos del Alma y veamos si hay algunos que estén en mí. Los primeros son los de alimentarme y caminar; pero si es verdad que no tengo cuerpo, tampoco lo es que puedo caminar ni alimentarme. Otro es el de sentir; pero tampoco se puede sentir sin el cuerpo. Otro es el de pensar; y aquí encuentro que el pensamiento es un atributo que me pertenece: solo él no puede ser desprendido de mí. Yo soy, yo existo: esto es cierto; pero ¿por cuánto tiempo? A saber, por el tiempo que piense. Así pues, soy una cosa verdadera, y en verdad existente; pero ¿qué cosa? Lo he dicho: una cosa que piensa. ¿Qué es una cosa que piensa? Es decir, una cosa que duda, que concibe, que afirma, que niega, que quiere, que no quiere, que también imagina, y que siente.

Descartes, R. (2011). *Meditaciones metafísicas, Segunda Meditación* (trad. M. C. Flórez). En Descartes. Gredos, pp. 170-174.

Hay algunos filósofos que imaginan que somos conscientes íntimamente en todo momento de lo que llamamos nuestro YO, que sentimos su existencia y su continuidad en la existencia, y están seguros, más allá de la evidencia de una demostración, de su identidad y simplicidad perfecta. Desgraciadamente, todas estas afirmaciones positivas son contrarias a la experiencia que se presume en favor de ellas y no tenemos una idea del Yo de la manera que se ha explicado aquí. ¿Pues de qué impresión puede derivarse esta idea? Debe ser alguna impresión la que da lugar a cada idea real. Ahora bien, el Yo o persona no es una impresión, sino aquello a lo que suponemos que hacen referencia nuestras diversas impresiones o ideas. Si una impresión da lugar a la idea del Yo, la impresión debe continuar siendo invariablemente la misma a través de todo el curso de nuestras vidas, ya que se supone que existe de esa manera. Pero no existe ninguna impresión constante e invariable. El dolor y el placer, la pena y la alegría, las pasiones y sensaciones se suceden las unas a las otras y no pueden existir jamás todas a un mismo tiempo. No podemos, pues, derivar la idea del Yo de una de estas impresiones, o de cualquier otra, y, en consecuencia, no existe tal idea. Pero ¿qué sucederá con todas nuestras percepciones particulares, partiendo de esta hipótesis? Por mi parte, cuando penetro más íntimamente en lo que llamo mí mismo, tropiezo siempre con alguna percepción particular de calor o frío, luz o sombra, amor u odio, dolor o placer. No puedo jamás captarme a mí mismo en algún momento sin percepción alguna, y jamás puedo observar más que percepciones. Dejando a un lado a algunos metafísicos de esta clase, me atrevo a afirmar del resto de los hombres que no son más que un haz o colección de diferentes percepciones que se suceden las unas a las otras con una rapidez inconcebible y que se hallan en un flujo y movimiento perpetuo.

Hume, D. (2012). *Tratado de la naturaleza humana, Libro I, Parte 4, Sección 6*. En David Hume. Gredos, pp. 265-266.

Todavía sigue habiendo inofensivos observadores de sí mismos que creen en la existencia de «certezas inmediatas», por ejemplo, «yo pienso», o, como fue la superstición de Schopenhauer, «yo quiero»: como si aquí, por así decirlo, el conocer lograra captar pura y desnudamente su objeto, como «cosa en sí», y sin que por ello tuviese lugar una falsificación ni por parte del sujeto ni por parte del objeto. Pero que tanto la «certeza inmediata» como el «conocimiento absoluto» o la «cosa en sí» implican una contradictio in adjecto, esto es algo que repetiré cien veces: ¡deberíamos librarnos de una vez para siempre de la seducción de las palabras! Por más que el pueblo crea que conocer es un conocer-hasta-el-final, el filósofo tiene que decirse a sí mismo: «si descompongo la operación que está expresada en la proposición «yo pienso», entonces obtengo una serie de temerarias afirmaciones cuya fundamentación resulta difícil, acaso imposible, —por ejemplo, que sea yo el que piense, que tenga que existir en absoluto algo que piense, que el pensar sea la actividad y el efecto de un ser que es pensado como causa, que exista un «yo», o, finalmente, que ya esté fijado de antemano aquello que deba ser definido como pensar». En lo que se refiere a la superstición de los lógicos: no me cansaré de subrayar una y otra vez un hecho pequeño y conciso que es reconocido con desgana por parte de estos supersticiosos, —a saber, que un pensamiento viene cuando «él» quiere y no cuando «yo» quiero; siendo así que es un falseamiento de los hechos decir: el sujeto «yo» es la condición del predicado «pienso». Ello piensa: pero que ese «ello» sea precisamente aquel viejo y conocido «yo», eso es, por decirlo con suavidad, tan solo una suposición, una afirmación, y sobre todo no es una «certeza inmediata». De hecho, con este «ello piensa» ya se ha dicho demasiado: este «ello» contiene ya una interpretación del proceso y no pertenece al proceso mismo. Aquí se infiere según la costumbre gramatical que dice «pensar es una actividad, a cada actividad le corresponde alguien que actúe, en consecuencia—».

Nietzsche, F. (2016). Más allá del bien y del mal, §§ 16-17. En Obras completas, vol. IV. Tecnos, pp. 307-308.

Mal podía la razón físico-matemática, en su forma crasa de naturalismo o en su forma beatífica de espiritualismo, afrontar los problemas humanos. Por su misma constitución, no podía hacer más que buscar la naturaleza del hombre. Y, claro está, no la encontraba. Porque el hombre no tiene naturaleza. El hombre no es su cuerpo, que es una cosa; ni es su alma, psique, conciencia o espíritu, que es también una cosa. El hombre no es cosa ninguna, sino un drama —su vida, un puro y universal acontecimiento que acontece a cada cual y en que cada cual no es, a su vez, sino acontecimiento. El hombre no encuentra cosas, sino que las pone o supone. Lo que encuentra son puras dificultades y puras facilidades para existir. El existir mismo no le es dado «hecho» y regalado como a la piedra, sino que al encontrarse con que existe, al acontecerle existir, lo único que encuentra o le acontece es no tener más remedio que hacer algo para no dejar de existir. La vida es un gerundio y no un participio: un faciendum y no un factum. La vida es quehacer. En cada momento de mi vida se abren ante mí diversas posibilidades: puedo hacer esto o lo otro. Si hago esto, seré A en el instante próximo; si hago lo otro, seré B. El hombre es el ente que se hace a sí mismo. Pero el hombre no solo tiene que hacerse a sí mismo, sino que lo más grave que tiene que hacer es determinar lo que va a ser. Ser libre quiere decir carecer de identidad constitutiva, no estar adscrito a un ser determinado, poder ser otro del que se era y no poder instalarse de una vez y para siempre en ningún ser determinado. Lo único que hay de ser fijo y estable en el ser libre es la constitutiva inestabilidad. En suma, que el hombre no tiene naturaleza, sino que tiene... historia.

Ortega y Gasset, J. (1964). «Historia como sistema», VII-VIII. En Obras completas, tomo VI. Revista de Occidente, pp. 32-41.

Lo que ellos tienen en común es simplemente el hecho de considerar que la existencia precede a la esencia, o, si se prefiere, que hay que partir de la subjetividad. ¿Qué significa esto exactamente? Consideremos un objeto fabricado, por ejemplo un libro o un abrecartas. Este objeto ha sido fabricado por un artesano que se ha inspirado en un concepto; se ha referido al concepto de abrecartas, e igualmente a una técnica de producción previa que forma parte del concepto, y que en el fondo es una fórmula. Así, el abrecartas es a la vez un objeto que se produce de cierta manera y que, por otra parte, tiene una utilidad definida, y es impensable que un hombre produzca un abrecartas sin saber para qué va a servir ese objeto. Diríamos entonces que en el caso del abrecartas, la esencia precede a la existencia. El existencialismo ateo que yo represento es más coherente. Declara que si Dios no existe, hay por lo menos un ser en el que la existencia precede a la esencia, un ser que existe antes de poder ser definido por ningún concepto, y que este ser es el hombre o, como dice Heidegger, la realidad humana. ¿Qué significa aquí que la existencia precede a la esencia? Significa que el hombre empieza por existir, se encuentra, surge en el mundo, y que después se define. El hombre, tal como lo concibe el existencialista, si no es definible, es porque empieza por no ser nada. Solo será después, y será tal como se haya hecho. Así pues, no hay naturaleza humana, porque no hay Dios para concebirla. El hombre es el único que no solo es tal como él se concibe, sino tal como él se quiere; el hombre no es otra cosa que lo que él se hace. Este es el primer principio del existencialismo.

Sartre, J.-P. (2009). El existencialismo es un humanismo (trad. V. Prati de Fernández). Edhasa, pp. 27-31.

PROPUESTA DE TEMA

¿Es el ser humano algo natural o algo artificial?

CÓMO HACER UNA DISERTACIÓN FILOSÓFICA

La disertación filosófica es un texto argumentativo en el que defiendes una posición razonada ante una pregunta filosófica. No se trata de dar tu opinión sin más, sino de construir una respuesta fundamentada en argumentos, apoyada en lo que han dicho los filósofos y capaz de considerar posiciones contrarias a la tuya. La finalidad de una disertación es llegar a una verdad lo más objetiva posible, esto es, que pueda ser compartida por todo ser racional. Todos los argumentos, estés personalmente de acuerdo o en desacuerdo con ellos, deben ser expuestos con el máximo rigor y fuerza. La extensión debe estar entre 1200 y 1600 palabras.

I. TRABAJO PREVIO

Paso 1: Elige la pregunta que más te interese

Elige la pregunta sobre la que tengas una opinión más clara, la que te resulte más cercana o la que te provoque más curiosidad. Si tienes una opinión fuerte sobre ella, aunque sea en contra, eso es buena señal: significa que tienes algo que decir. Ve a lo más cercano y sencillo para ti. La complejidad la encontrarás según profundices.

Paso 2: Busca las posibles interpretaciones

Las preguntas filosóficas contienen conceptos que pueden entenderse de varias maneras. Identifica las palabras clave y pregúntate qué pueden significar. Cada significado diferente produce una interpretación distinta de la pregunta.

Por ejemplo, la pregunta ¿Nacemos humanos o llegamos a serlo? admite al menos tres interpretaciones:

- Interpretación A: ¿Basta la dotación biológica con la que nacemos para ser humanos en sentido pleno?
- Interpretación B: ¿Es la cultura una segunda naturaleza que completa lo que la biología deja abierto?
- Interpretación C: ¿Existe una naturaleza humana fija, o somos enteramente moldeables por la sociedad y la historia? 💡 Tip: Si no se te ocurren varias interpretaciones, prueba a cambiar una palabra clave por un sinónimo: no es lo mismo ¿nacemos humanos? que ¿se nace o se hace una persona? o ¿qué pone la biología y qué pone la sociedad en lo que somos? o ¿hay algo humano que ninguna cultura pueda cambiar?

Paso 3: Piensa en las implicaciones y elige una interpretación

Cada interpretación tiene implicaciones distintas. Pregúntate: si respondiera que sí, ¿qué se seguiría de ello? ¿Y si respondiera que no? La interpretación más interesante suele ser la que tiene las implicaciones más profundas.

Por ejemplo:

- Si la dotación biológica basta (A), la educación sería un añadido prescindible, y habría que explicar por qué un niño criado sin contacto humano no desarrolla lenguaje ni pensamiento. Pero si no basta, ser humano sería algo que puede lograrse o malograrse.
- Si la cultura es una segunda naturaleza (B), la frontera entre lo natural y lo artificial se volvería borrosa en nosotros, y habría que preguntarse si tiene sentido seguir oponiéndolas.
- Si no existe una naturaleza humana fija (C), no habría límites a lo que la sociedad puede hacer de nosotros, para bien y para mal, y los derechos humanos perderían su apoyo más habitual: que hay algo en todo ser humano que debe respetarse. Ahora elige la interpretación que te parezca más relevante y explica por qué las otras lo son menos. Sé coherente: sería contradictorio argumentar que la A es la más importante y luego trabajar con la C. Las implicaciones te ayudan a decidir: la interpretación que más cosas pone en juego suele ser la mejor para una disertación.

Paso 4: Formula tu tesis

Escribe en una frase la respuesta que vas a defender. Debe ser clara, concreta y discutible: alguien razonable debería poder estar en desacuerdo con ella. La tesis no contiene argumentos: eso viene

después. Puede llevar matices y condiciones (pero, aunque, cuando), pero no justificaciones: si tu tesis lleva un «porque», ese «porque» es tu primer argumento, y su sitio es el desarrollo.

Ejemplos de buenas tesis:

- Nacemos humanos en sentido biológico, pero solo llegamos a serlo plenamente mediante la cultura.
- No existe una naturaleza humana fija: lo que llamamos humanidad es el resultado cambiante de la historia y de la sociedad.

Ejemplos de malas tesis:

- El ser humano es muy complejo. Demasiado vago.
- Hay muchas teorías sobre la naturaleza humana. No responde a la pregunta.
- Somos animales y punto. No tiene en cuenta ninguna objeción. 💡 Tip: A medida que investigas puede que descubras que tu tesis inicial era incorrecta. Puedes modificarla o reflejar en la conclusión por qué has cambiado de opinión. Una disertación se escribe para llegar a una verdad, no para demostrar que tenemos razón.

Paso 5: Busca argumentos y trabaja con las fuentes

Lee los textos de la pestaña de Práctica y los libros disponibles de la bibliografía buscando argumentos a favor y en contra de tu tesis. Para cada argumento que encuentres, anota:

- La idea principal, con tus propias palabras.
- La referencia completa: autor, año, título y página.
- Tu reacción: ¿estás de acuerdo?, ¿se te ocurre una objeción?, ¿te recuerda a otro autor? Cómo citar. Hay cuatro formas:

Cita directa narrativa. Usa esta opción para dar importancia y protagonismo al pensador en tu texto. Reproduce sus palabras exactas entre comillas. El año va inmediatamente después de su nombre.

Ejemplo: Hobbes (1980) describió la vida del hombre en su condición natural como «solitaria, pobre, tosca, embrutecida y breve» (p. 102).

Cita directa parentética. Usa esta opción cuando quieres que el lector se concentre primero en la idea. Reproduce sus palabras exactas entre comillas. Los datos del autor quedan en segundo plano al final de la frase.

Ejemplo: Sin un poder común que ordene la convivencia, la existencia humana sería «solitaria, pobre, tosca, embrutecida y breve» (Hobbes, 1980, p. 102).

Cita indirecta narrativa. Explicas la idea con tus propias palabras, pero introduces la frase mencionando directamente al autor.

Ejemplo: Hobbes (1980) sostiene que los hombres son aproximadamente iguales en fuerzas y facultades, y que de esa igualdad nace la desconfianza mutua que hace de la condición natural un estado de guerra de todos contra todos (pp. 100-102).

Cita indirecta parentética. Explicas la idea con tus propias palabras y colocas toda la información de la fuente junta al cerrar el punto.

Ejemplo: Si los seres humanos son básicamente iguales en capacidades y desean a veces las mismas cosas, ninguno puede sentirse seguro frente a los demás, de modo que la convivencia pacífica no es un punto de partida natural sino un logro (Hobbes, 1980, pp. 100-102).

En todos los casos, después de la cita hay que explicar qué quiere decir el autor y relacionarla con tu argumento. Una cita sin explicación no demuestra nada.

💡 Tip: Cita con año y página la primera vez que atribuyes una idea a un autor. Después, si solo recuerdas o resumes algo que ya has citado antes (por ejemplo, en la valoración o en la conclusión), basta con nombrarlo: «como muestra Rousseau...». Repetir el año y la página cada vez que aparece un apellido no es más riguroso, solo más pesado. La regla es sencilla: idea nueva, cita completa; idea ya citada, solo el apellido.

📌 Novedad: en las disertaciones de este tema y de los siguientes, debes identificar la forma lógica de al menos uno de tus argumentos. Más abajo, en la sección de Redacción, se explica cómo hacerlo.

Paso 6: Haz un esquema

Antes de redactar, escribe en tu cuaderno un esquema con la introducción (interpretaciones, implicaciones, elección razonada, tesis), los argumentos a favor y en contra con sus citas, la valoración, la delimitación de tu tesis y la conclusión. Este esquema es tu hoja de ruta.

II. REDACCIÓN

Estructura de la disertación

Introducción (aprox. 15% del texto). Consta de dos partes:

- Primer párrafo: presenta el problema con un gancho que atraiga al lector (una imagen, una paradoja, un dato, una experiencia), despliega las interpretaciones posibles con sus implicaciones, justifica cuál es la más relevante y termina reformulando la pregunta tal como vas a responderla. Esa formulación final es importante: tu conclusión tendrá que responder exactamente a ella.
- Segundo párrafo: formula tu tesis de forma clara y concreta. 💡 Tip: el gancho es el lugar más fácil para colocar un ejemplo propio, y los ejemplos propios puntúan en la rúbrica. Una anécdota, un caso real o una experiencia tuya que plantee el problema vale más que empezar directamente con un filósofo. Además, empezar por algo tuyo es más fácil que empezar por Kant.

Desarrollo (aprox. 70% del texto). Aquí hay dos formas de trabajar:

Estructura básica, para quien necesita un guion claro: - Argumentos a favor de la tesis (al menos 2), cada uno desarrollado con ejemplos y una cita explicada. - Argumentos en contra de la tesis (al menos 2), cada uno desarrollado también con ejemplos y una cita explicada. No los debilites a propósito: expónlos con el mismo rigor que los tuyos. - Valoración: compara ambos lados, señala las fortalezas y las debilidades de cada uno, y explica cuáles pesan más y por qué. Con esta estructura, hecha correctamente, puedes llegar al nivel notable.

Estructura dialéctica, para quien quiere ir más allá: En lugar de separar los argumentos en dos bloques, construye una conversación entre posiciones. Los argumentos se responden entre sí, se señalan sus límites sobre la marcha y el pensamiento progresa. No hay un bloque a favor y un bloque en contra: hay un recorrido en el que cada paso surge del anterior.

Por ejemplo, en lugar de escribir:

Argumento a favor 1: Darwin muestra la continuidad entre el ser humano y los demás animales.
Argumento a favor 2: Wilson sostiene que la propia cultura está dirigida por la biología.
Argumento en contra 1: Rousseau defiende que el hombre se distingue por su capacidad de transformarse...
Argumento en contra 2: Marx afirma que el hombre se produce a sí mismo mediante el trabajo...

Podrías escribir:

Darwin muestra que las diferencias entre el ser humano y los animales son de grado, no de clase. Rousseau concede la continuidad y señala el punto exacto de la diferencia: el animal tiene un instinto cerrado, el hombre una capacidad abierta de transformarse. Ahora bien, esa apertura no cierra la cuestión: falta saber si aquello que la llena, la cultura, obedece también en el fondo a la naturaleza, como sostendrá la sociobiología...

Esta estructura es más exigente pero produce disertaciones mucho más ricas.

Herramientas para trabajar los argumentos

Estas cuatro operaciones sirven para manejar cualquier argumento, sea tuyo o de la posición contraria. No hay que usarlas todas ni en todas las disertaciones: son ayudas para cuando no sepas cómo seguir. Las dos primeras te servirán en cualquier estructura. Las dos últimas, acotar e invertir, son las que hacen posible la estructura dialéctica: sin ellas, los argumentos no pueden responderse entre sí.

Conceder. Reconocer lo que un argumento tiene de razón antes de responderle. Se escribe con fórmulas como «esta objeción es seria, porque...» o «hay algo verdadero en esta idea». Parece una debilidad y es lo contrario: quien reconoce la fuerza del contrario y aun así le responde resulta mucho más convincente que quien finge que el contrario no decía nada. Lo opuesto es una falacia, el hombre de paja: debilitar la posición contraria para vencerla con facilidad. Ten presente que en la rúbrica el hombre de paja puntúa cero en honestidad intelectual: si la posición contraria queda ridícula en tu texto, es casi seguro que la has caricaturizado.

Buscar un contraejemplo. Si un argumento afirma algo con «todos», «siempre» o «nunca», un solo caso contrario lo derriba. Si alguien dice «todos los profesores mandan deberes» y encuentras uno que no manda, la afirmación era falsa. Cuidado: contra «la mayoría de los profesores mandan deberes» un caso contrario no prueba nada, porque esa afirmación ya contaba con las excepciones. Esta herramienta no siempre podrá usarse, y no pasa nada: solo funciona con afirmaciones universales.

Acotar. Aceptar que un argumento prueba algo y mostrar hasta dónde llega de verdad: «tienes razón, pero no tanta». La manera habitual de acotar es distinguir: separar dos cosas que estaban mezcladas y mostrar que el argumento vale para una pero no para la otra. La distinción puede ser de grado (los videojuegos no son malos; jugar demasiado, sí) o de aspecto (que todos los ladrillos de un edificio vengan de la fábrica no significa que el plano del edificio venga de ella). Acotar sirve también con tu propia tesis: decir bajo qué condiciones se sostiene, o qué casos no resuelve, puntúa en la rúbrica.

Invertir. Mostrar que un argumento, bien entendido, prueba lo contrario de lo que pretendía. Quien afirma que la filosofía no sirve para nada está defendiendo una tesis filosófica, así que necesita la filosofía para atacarla. Es la herramienta más espectacular cuando funciona y la más ridícula cuando se fuerza: úsala solo si la inversión es real.

💡 Tip: existen más herramientas (el experimento mental, la reducción al absurdo, el dilema, la autorrefutación) explicadas con ejemplos en la página de Técnicas argumentales.

Cómo comprobar tu desarrollo

Muchas disertaciones parecen dialécticas y son una lista disfrazada. Hay dos pruebas para comprobarlo antes de entregar.

La prueba del orden. Coge dos argumentos que estén del mismo lado (dos a favor, o dos en contra) e imagina que los intercambias. ¿Se entiende igual? Si sí, están yuxtapuestos: cada uno va por su cuenta, como en una lista. Si no, porque el segundo se apoyaba en el primero o respondía a una objeción que este había dejado abierta, hay una cadena. En una estructura dialéctica de verdad, casi ningún párrafo del desarrollo puede moverse sin romper algo.

La prueba de los conectores. Mira con qué palabras empieza cada párrafo del desarrollo. Los conectores de suma (además, por otra parte, también, en segundo lugar) indican que estás añadiendo: es una lista. Los conectores de respuesta (ahora bien, sin embargo, contra esto cabe objetar, conviene distinguir) indican que estás contestando a lo anterior: es una cadena.

Si todos tus párrafos empiezan con conectores de suma, tu texto es una lista, por muchos autores que cites. Y no se arregla cambiando las palabras: hay que cambiar lo que hacen los párrafos.

Sobre la forma lógica

En tu disertación, al menos uno de los argumentos que utilices debe ir acompañado de la identificación explícita de su forma lógica. Las formas más habituales son el modus ponens (si P entonces Q; P; luego Q), el modus tollens (si P entonces Q; no Q; luego no P) y el silogismo disyuntivo (P o Q; no P; luego Q).

Para hacerlo, escribe el argumento en prosa normal y añade a continuación una frase que nombre la forma lógica y muestre su estructura aplicada a ese argumento concreto. Por ejemplo:

Si un rasgo aparece en todas las culturas conocidas, entonces no es la invención de una cultura concreta. El lenguaje aparece en todas las culturas conocidas. Luego el lenguaje no es la invención de una cultura concreta. Este argumento sigue la forma de un modus ponens.

Debe quedar integrado en la prosa, no entre paréntesis ni en un esquema aparte: la forma lógica sirve para exhibir la estructura de un razonamiento que ya era bueno, no para disfrazar uno que no lo era.

Conclusión (aprox. 15% del texto). Debe hacer tres cosas:

- Responder a la pregunta tal como la reformulaste al final de la introducción, explicando si te reafirmas en la tesis o si cambias de postura, y qué argumentos han pesado más.
- Delimitar tu tesis: bajo qué condiciones se sostiene, qué casos no resuelve, o qué tendría que ocurrir para que dejara de ser válida. Ninguna tesis lo explica todo, y precisarlo no la debilita: la hace más fuerte. La rúbrica lo premia dentro de la honestidad intelectual.

- Señalar las consecuencias o implicaciones para el mundo actual. 💡 Tip: Las mejores conclusiones vuelven al principio y cierran el círculo. Si abriste con una imagen, una pregunta o un dato sorprendente, retómalo aquí y muestra cómo tu argumentación le ha dado un sentido nuevo.

Bibliografía. Al final del texto, tras la conclusión, incluye una lista de las obras que has citado. No cuenta para el límite de palabras. El formato es el siguiente:

Apellido, N. (año). Título de la obra (trad. N. Apellido). Editorial. Por ejemplo:

- Kant, I. (2009). Sobre pedagogía. Encuentro. Rousseau, J.-J. (2012). Discurso sobre el origen de la desigualdad. Alianza.

Consejos de redacción

- Busca una apertura que enganche: una imagen, una paradoja, un dato sorprendente, una pregunta provocadora, una experiencia personal.
- Haz frases cortas y claras. Evita las subordinadas en cadena.
- Busca las palabras exactas. Evita afirmaciones vagas.
- Los ejemplos que puntúan como propios son los que no aparecen ni en los textos de práctica ni en clase: de tu experiencia, de la actualidad, de la naturaleza, de la cultura. Un buen ejemplo propio no solo adorna: si al quitarlo el argumento pierde fuerza, es que estaba haciendo trabajo de verdad. Esa es la diferencia que la rúbrica premia.
- Una cita sola, sin explicación, no demuestra nada. Explica siempre qué quiere decir el autor y por qué es relevante para tu argumento.
- Un argumento no es una frase. Requiere desarrollo, ejemplo y, si puede ser, una cita explicada.
- Reserva la primera persona para la tesis y la conclusión. En el desarrollo, expón los argumentos de forma impersonal.

Fases de escritura

Producción. Escribe todas las ideas sin preocuparte por el orden ni la corrección. El objetivo es sacar todo lo que tienes en la cabeza.

Edición. Ordena las ideas, redacta los párrafos, integra las citas con su explicación, conecta los argumentos entre sí.

Revisión. Lee el texto completo: ¿se entiende la tesis?, ¿los argumentos la sostienen?, ¿las citas están explicadas?, ¿la conclusión responde a la pregunta y delimita la tesis? Aplica la prueba del orden y la de los conectores. Comprueba la ortografía, cuenta las palabras y pasa a limpio.

Ejemplo de disertación

La siguiente disertación es un ejemplo de cómo aplicar los pasos anteriores. No es un modelo perfecto: es un ejemplo de trabajo bien hecho que puedes usar como referencia.

¿Nacemos humanos o llegamos a serlo?

En el año 1800, unos cazadores capturaron en los bosques del Aveyron, en el sur de Francia, a un niño de unos doce años que había vivido solo en el monte durante buena parte de su infancia. No hablaba, no soportaba la ropa, comía raíces y se movía a cuatro patas con una agilidad asombrosa. Un joven médico, Jean Itard, dedicó años a educarlo, con la convicción de que bastaría enseñarle para que el niño desplegara todo lo que llevaba dentro. El resultado fue desconcertante: Víctor, como lo llamaron, aprendió hábitos, mostró afecto y llegó a entender algunas palabras, pero jamás aprendió a hablar. Biológicamente era un ser humano completo; sin embargo, algo esencial no había llegado a formarse. Su caso plantea la pregunta «¿nacemos humanos o llegamos a serlo?», que admite varias lecturas. Puede referirse a si la dotación biológica basta para ser humano en sentido pleno: si basta, la educación sería un añadido prescindible, y el caso de Víctor lo desmiente. Puede referirse a si la cultura es una segunda naturaleza que completa lo que la biología deja abierto: si lo es, la frontera entre lo natural y lo artificial se vuelve borrosa precisamente en nosotros. O puede referirse a si existe una naturaleza humana fija o somos enteramente moldeables: si no existe, no habría límites a lo que la sociedad puede hacer de nosotros, y los derechos humanos perderían su apoyo más habitual. La segunda lectura es la más fecunda, porque las otras dos se deciden desde ella: solo sabiendo qué aporta la cultura a lo que la biología deja abierto puede responderse si la dotación basta y si queda algo fijo. La pregunta, entonces, es esta: ¿es la cultura algo que se añade a nuestra naturaleza, o algo que nuestra naturaleza necesita para completarse?

La tesis que defenderé es que el ser humano es un ser natural cuya peculiaridad consiste en estar inacabado: nacemos humanos en sentido biológico, pero solo llegamos a serlo plenamente mediante la cultura.

El punto de partida debe ser la posición naturalista, y conviene concederle todo lo que tiene de verdad, que es mucho. Darwin sostiene que la diferencia entre la mente del hombre y la de los animales superiores, con ser inmensa, es una diferencia de grado y no de clase: las facultades que nos enorgullecen, la curiosidad, la imitación, la atención, la memoria e incluso formas elementales de razonamiento, se encuentran ya, incipientes o desarrolladas, en otros animales (Darwin, 1925, pp. 25-38). Después de Darwin, ninguna respuesta seria puede partir de que el ser humano sea una excepción caída del cielo: somos un producto de la evolución, hechos de la misma materia y por los mismos mecanismos que el resto de los vivientes.

Aristóteles, desde el otro extremo de la historia, aporta una precisión que sigue siendo útil. Define el alma como la forma de un cuerpo natural que tiene la vida en potencia: no una cosa alojada en el cuerpo, sino su principio de organización y desarrollo (Aristóteles, 2011, pp. 667-676). Naturaleza, en este sentido, no es lo que ya está terminado, sino aquello hacia lo que un ser tiende desde dentro: la semilla es naturalmente árbol aunque todavía no lo sea. Aplicado a nuestro caso, esto abre una posibilidad interesante: quizá lo natural en el hombre no sea un repertorio cerrado de conductas, sino una orientación hacia algo que aún debe realizarse.

Rousseau da el paso decisivo al identificar en qué consiste esa apertura. Comparado con el animal, que recibe del instinto un programa cerrado que cumple sin desviarse, el hombre se distingue por lo que Rousseau llama perfectibilidad: la facultad de transformarse, de adquirir capacidades nuevas y también de perderlas, para bien y para mal (Rousseau, 2012, Primera parte). El animal es al cabo de unos meses lo que será toda su vida; el ser humano, no. Y aquí el caso de Víctor encuentra su explicación: la perfectibilidad no es un contenido, sino una capacidad, y una capacidad que no se ejercita a tiempo queda dormida. Víctor tenía todo lo necesario para hablar, y nadie con quien aprenderlo.

Marx añade la dimensión activa que en Rousseau queda apenas esbozada. El hombre no solo puede transformarse: se transforma transformando el mundo. En el trabajo, sostiene, el ser humano se distingue del animal en que hace de su actividad vital un objeto de su voluntad y de su conciencia: el animal es inmediatamente una sola cosa con su actividad, mientras que el hombre la dirige, la planifica y se reconoce en sus productos (Marx, 1966, pp. 67-68). Lo que somos no está escrito de antemano en ninguna esencia: se produce históricamente, en la manera en que cada sociedad organiza su trabajo y su vida. De ahí que humanidades distintas hayan producido, de hecho, seres humanos distintos.

Kant condensa todo lo anterior en una tesis célebre con la que abre su tratado de pedagogía: el hombre es la única criatura que ha de ser educada, y únicamente por la educación puede llegar a ser hombre, pues no es nada más que lo que la educación hace de él (Kant, 2009, pp. 28-32). El argumento admite una formulación exacta: si un ser solo puede desarrollar sus disposiciones propias mediante la educación, entonces necesita de los demás para llegar a ser lo que es; el ser humano solo puede desarrollar sus disposiciones propias mediante la educación; luego el ser humano necesita de los demás para llegar a ser lo que es. Este argumento sigue la forma de un *modus ponens*. La primera premisa es la que Víctor confirma trágicamente, y la conclusión convierte la cultura en algo muy distinto de un adorno: en la condición de nuestra propia realización.

Contra este recorrido cabe una objeción naturalista más fuerte que la de Darwin, y conviene exponerla con todo su vigor. La sociobiología sostiene que la propia cultura está, en último término, dirigida por la biología: las instituciones, las normas morales y hasta las religiones serían estrategias que los genes han favorecido para perpetuarse, de modo que la aparente apertura humana sería un rodeo más de la naturaleza (Wilson, 1980). Si esto es correcto, decir que la cultura nos completa sería un espejismo: la naturaleza nunca habría soltado las riendas. La objeción obliga a una distinción que resulta decisiva. Una cosa es que las capacidades humanas tengan base biológica, cosa que nadie serio niega: hablamos porque nuestra especie evolucionó para hablar. Y otra muy distinta es que los contenidos estén determinados por esa base: la biología explica que hablemos, pero no explica que este niño hable castellano y aquel japonés, ni que una cultura entierre a sus muertos y otra los incinere. El argumento sociobiológico prueba lo primero, y solo lo primero; la variabilidad de las culturas es exactamente lo que queda sin explicar si la correa biológica fuera tan corta como se pretende. Hay además un dato que la

objeción no puede acomodar: las culturas cambian a una velocidad que ningún cambio genético puede seguir. Entre un ser humano del Neolítico y nosotros median unos pocos milenios, biológicamente insignificantes, y sin embargo la distancia entre sus formas de vida y las nuestras es inmensa. Si la biología llevara las riendas, ese cambio sería inexplicable; si lo que la biología entrega es una capacidad abierta, es exactamente lo que cabría esperar.

A la luz de este recorrido, considero que la oposición entre nacer humanos y llegar a serlo es una falsa alternativa, y que la clave está en la noción aristotélica de naturaleza como orientación: nacemos con una naturaleza cuya peculiaridad es exigir aquello que la biología no proporciona. Darwin acierta al situarnos en la continuidad de la vida; Rousseau y Marx aciertan al señalar que esa continuidad incluye, en nuestro caso, una apertura que las demás especies no tienen; Kant extrae la consecuencia: la educación no es un complemento, es el proceso por el que un ser biológicamente humano se hace plenamente humano. Conviene delimitar la tesis: se sostiene mientras pueda distinguirse entre la capacidad, que es natural, y su realización, que es cultural; en los casos en que ambas se entrelazan hasta confundirse, como ocurre con el lenguaje, la frontera debe trazarse caso por caso, y la tesis orienta el análisis pero no lo sustituye. La implicación para el presente es considerable, y tiene dos caras. Si llegamos a ser humanos mediante la cultura, entonces privar a alguien de educación no es negarle un servicio, es negarle parte de su humanidad; y una sociedad que descuida la crianza y la escuela no está ahorrando en un lujo, está desatendiendo la fábrica misma de lo humano. Pero la misma tesis pone un límite a los sueños de moldear personas a voluntad: la cultura completa una naturaleza, no escribe sobre una página en blanco, y lo que contradice esa naturaleza, como aprendió Itard con Víctor, encuentra tarde o temprano su resistencia.

Víctor del Aveyron tenía ojos humanos, manos humanas y un cerebro humano, y no le bastaron. Lo que le faltó no se compra ni se hereda: se recibe de otros. Quizá esa sea la definición más exacta de nuestra especie: el animal que necesita ser esperado por alguien para llegar a ser lo que es.

Bibliografía

Aristóteles (2011). *Acerca del alma*. En Aristóteles, Tomo I (trad. M. Candel). Gredos. - Darwin, C. (1925). *El origen del hombre* (trad. A. López White). Sempere. - Kant, I. (2009). *Sobre pedagogía*. Encuentro. - Marx, K. (1966). «El trabajo enajenado». En *Escritos económicos varios* (trad. W. Roces). Grijalbo. Rousseau, J.-J. (2012). *Discurso sobre el origen de la desigualdad*. Alianza. Wilson, E. O. (1980). *Sobre la naturaleza humana*. FCE.

III. EVALUACIÓN

Rúbrica de evaluación

Criterio	Deficiente	Aceptable	Notable	Excelente
Estructura e introducción — <i>hasta 2 puntos</i>	0,5 pt. — Falta alguna parte esencial o la organización resulta confusa. La tesis no aparece con claridad.	1 pt. — Introducción, desarrollo y conclusión reconocibles. La tesis se formula con claridad y se retoma al final.	1,5 pt. — La introducción despliega las interpretaciones de la pregunta con sus implicaciones y justifica cuál se elige. La conclusión añade consecuencias o implicaciones actuales.	2 pt. — Además, la interpretación elegida orienta de principio a fin el desarrollo, y la conclusión responde a la pregunta tal como quedó planteada en la introducción.
Argumentación — <i>hasta 3,5 puntos</i>	0,5 pt. — Los argumentos apenas se desarrollan. Faltan ejemplos o citas, o estas no se explican. No se consideran posiciones contrarias.	2 pt. — Presenta al menos dos argumentos a favor y dos en contra, cada uno con ejemplos y una cita explicada. Los argumentos se exponen por separado, sin relacionarse entre sí.	3 pt. — Se comparan las posiciones y se señalan las fortalezas y las debilidades de cada una. La valoración final está razonada.	3,5 pt. — Los argumentos se responden entre sí: se concede lo que la posición contraria prueba y se muestra hasta dónde llega, o se invierte a favor de la tesis. La reflexión progresa. Al menos un argumento presenta de forma explícita su forma lógica.
Honestidad intelectual — <i>hasta 1 punto</i>	0 pt. — La posición contraria se caricaturiza, se presenta en su versión más débil o se le atribuye lo que no dice (hombre de paja).	0,5 pt. — La posición contraria se expone correctamente, aunque de forma escueta.	0,75 pt. — La posición contraria se expone en su versión más fuerte, con el mismo rigor que la propia.	1 pt. — Además, se delimitan las condiciones en que la propia tesis se sostiene, o los casos que no logra resolver.
Ejemplos propios — <i>hasta 1,5 puntos</i>	0,25 pt. — No usa ejemplos, o solo los que aparecen en los textos de práctica y en clase.	0,75 pt. — Usa algún ejemplo propio, aunque resulte decorativo o poco relacionado con el argumento.	1 pt. — Usa al menos dos ejemplos propios, pertinentes y bien elegidos para el argumento que ilustran.	1,5 pt. — Los ejemplos propios no solo ilustran: hacen avanzar el argumento, porque muestran algo que la cita por sí sola no mostraba.
Claridad y precisión expresiva — <i>hasta 2 puntos</i>	0,5 pt. — Vocabulario impreciso. Párrafos poco conectados. Frases difíciles de seguir.	1 pt. — Vocabulario sencillo pero adecuado. El texto se entiende correctamente.	1,5 pt. — Vocabulario preciso y uso correcto de los conceptos filosóficos. Los párrafos se enlazan con conectores adecuados y la lectura es fluida.	2 pt. — Expresión rigurosa y matizada. Cada palabra dice exactamente lo que debe decir. Estilo cuidado.

Nota final: suma de los cinco criterios sobre 10 puntos, menos las penalizaciones. En cada criterio se asigna uno de los cuatro valores de la tabla, sin puntuaciones intermedias.

Sobre la estructura: quien sigue correctamente la estructura básica puede alcanzar el nivel notable. El nivel excelente exige que los argumentos se respondan entre sí, que la reflexión avance más allá de una simple acumulación de ideas y que al menos un argumento presente su forma lógica de manera explícita.

Condiciones de entrega

Si no se cumplen, la disertación no se corrige:

- Entregada en clase, dentro del plazo establecido.
- Escrita a mano, en folios en blanco, con letra legible.

- Al final del texto, tras la bibliografía, debe figurar el número de palabras de la disertación (sin contar la bibliografía). El recuento forma parte del trabajo: llevarlo durante la redacción es la manera de ajustar la extensión mientras aún se puede corregir.

Penalizaciones

Concepto	Descuento
Extensión (no acumulable: se aplica solo el tramo correspondiente, sobre el número de palabras declarado) — <i>Desviación de hasta 100 palabras (1100-1199 o 1601-1700)</i>	–0,5
Desviación de 100 a 200 palabras (1000-1099 o 1701-1800)	–1
Desviación superior a 200 palabras (menos de 1000 o más de 1800)	–2
Presentación (acumulable hasta un máximo de –1) — <i>Sin sangría en la primera línea de cada párrafo</i>	–0,25
Sin márgenes	–0,25
Tachones o correcciones visibles	–0,5
Ortografía (acumulable, sin límite) — <i>Por cada falta de ortografía</i>	–0,25
Por cada falta de tilde	–0,05

TEXTOS

Mi principal objeto en este capítulo es probar que no hay ninguna diferencia fundamental entre el hombre y los mamíferos más elevados en las facultades mentales. Poseyendo el hombre los mismos sentidos que los animales, sus intuiciones fundamentales deben ser las mismas. Tiene el hombre con ellos algunos instintos comunes, tales como el de la propia conservación, el amor sexual, el amor de la madre por sus hijos recién nacidos y otros muchos. Los animales manifiestan muy evidentemente que disfrutan en la excitación y sufren en el fastidio. Todos los animales experimentan la sorpresa y muchos dan pruebas de curiosidad. Casi no hay facultad más importante para el progreso intelectual del hombre que la de la atención. Esta se manifiesta claramente entre los animales, como cuando un perro acecha cerca de un agujero para arrojarle sobre su presa. Es cosa admitida que la razón se encuentra en la cúspide de todas las facultades del espíritu humano. Pocos dudan de que los animales poseen alguna aptitud para el raciocinio. A mi modo de ver, hemos ya demostrado que el hombre y los animales superiores, especialmente los primates, tienen en común algunos instintos. Todos poseen los mismos sentidos, intuiciones y sensaciones; pasiones, afectos y sentimientos, aun los más complejos, los tienen parecidos. Experimentan la sorpresa y la curiosidad; poseen las mismas facultades de imitación, de atención, de memoria, de imaginación y de raciocinio, aunque en grados muy distintos.

Darwin, C. (1925). El origen del hombre (trad. A. López White). Sempere, pp. 25-38.

Solemos decir que uno de los géneros de los entes es la entidad y que ésta puede ser entendida, en primer lugar, como materia —aquello que por sí no es algo determinado—, en segundo lugar, como estructura y forma en virtud de la cual puede decirse ya de la materia que es algo determinado y, en tercer lugar, como el compuesto de una y otra. Por lo demás, la materia es potencia, mientras que la forma es entelequia. Ahora bien, entre los cuerpos naturales los hay que tienen vida y los hay que no la tienen; y solemos llamar vida a la autoalimentación, al crecimiento y al envejecimiento. De donde resulta que todo cuerpo natural que participa de la vida es entidad, pero entidad en el sentido de entidad compuesta. Y puesto que se trata de un cuerpo de tal tipo —a saber, que tiene vida— no es posible que el cuerpo sea el alma: y es que el cuerpo no es de las cosas que se dicen de un sujeto, antes al contrario, realiza la función de sujeto y materia. Luego el alma es necesariamente entidad en cuanto forma específica de un cuerpo natural que en potencia tiene vida. Ahora bien, la entidad es entelequia, luego el alma es entelequia de tal cuerpo. Por tanto, si cabe enunciar algo en general acerca de toda clase de alma, habría que decir que es la entelequia primera de un cuerpo natural organizado. De ahí además que no quepa preguntarse si el alma y el cuerpo son una única realidad, como no cabe hacer tal pregunta acerca de la cera y la figura y, en general, acerca de la materia de cada cosa y aquello de que es materia. Es perfectamente claro que el alma no es separable del cuerpo o, al menos, ciertas partes de la misma si es que es por naturaleza divisible: en efecto, la entelequia de ciertas partes del alma pertenece a las partes mismas del cuerpo.

Aristóteles (2011). Acerca del alma, Libro II, cap. 1, 412a-413a (trad. M. Candel). En Aristóteles, Tomo I. Gredos, pp. 667-676.

La Naturaleza ha hecho a los hombres tan iguales en las facultades del cuerpo y del espíritu que, si bien un hombre es, a veces, evidentemente, más fuerte de cuerpo o más sagaz de entendimiento que otro, cuando se considera en conjunto, la diferencia entre hombre y hombre no es tan importante que uno pueda reclamar, a base de ella, para sí mismo, un beneficio cualquiera al que otro no pueda aspirar como él. De esta igualdad en cuanto a la capacidad se deriva la igualdad de esperanza respecto a la consecución de nuestros fines. Esta es la causa de que si dos hombres desean la misma cosa, y en modo alguno pueden disfrutarla ambos, se vuelven enemigos, y en el camino que conduce al fin tratan de aniquilarse o sojuzgarse uno a otro. Así hallamos en la naturaleza del hombre tres causas principales de discordia. Primera, la competencia; segunda, la desconfianza; tercera, la gloria. La primera causa impulsa a los hombres a atacarse para lograr un beneficio; la segunda, para lograr seguridad; la tercera, para ganar reputación. Con todo ello es manifiesto que durante el tiempo en que los hombres viven sin un poder común que los atemorice a todos, se hallan en la condición o estado que se denomina guerra; una guerra tal que es la de todos contra todos. En una situación semejante no existe oportunidad para la industria, ya que su fruto es incierto; por consiguiente no hay cultivo de la tierra, ni navegación, ni uso de los artículos que pueden ser importados por mar, ni construcciones confortables, ni instrumentos para mover y remover las cosas que requieren mucha fuerza, ni conocimiento de la faz de la tierra, ni cómputo del tiempo, ni artes, ni letras, ni sociedad; y lo que es peor de todo, existe continuo temor y peligro de muerte violenta; y la vida del hombre es solitaria, pobre, tosca, embrutecida y breve.

Hobbes, T. (1980). Leviatán, Parte I, cap. 13. FCE, pp. 100-102.

Para analizar la naturaleza del alma, es necesario tener presente el presupuesto según el cual se dice que el alma es el primer principio vital en aquello que vive entre nosotros, pues llamamos animados a los vivientes, e inanimados a los no vivientes. La vida se manifiesta, sobre todo, en una doble acción: la del conocimiento y la del movimiento. Pero decimos que el primer principio vital es el alma. Aunque algún cuerpo pueda ser un determinado principio vital, como en el animal su principio vital es el corazón, sin embargo, un determinado cuerpo no puede ser el primer principio vital. Ya que es evidente que ser principio vital no le corresponde al cuerpo por ser cuerpo. De ser así, todo cuerpo sería viviente o principio vital. Así, pues, a algún cuerpo le corresponde ser viviente o principio vital en cuanto que es tal cuerpo. Pero es tal cuerpo en acto por la presencia de algún principio que constituye su acto. Por lo tanto, el alma, primer principio vital, no es el cuerpo, sino el acto del cuerpo. La afirmación «el alma es el hombre» no puede ser verdadera si la operación del alma sensitiva se realiza con el cuerpo. Porque sentir es una determinada operación del hombre, no la única. Es evidente que el hombre no es solo alma, sino algo compuesto a partir del alma y del cuerpo. Así, pues, es propio de la naturaleza de la especie humana que lo sea a partir del alma, carne y huesos. Es necesario que la sustancia de la especie tenga lo propio y común de la sustancia de todos los individuos contenidos en dicha especie.

Tomás de Aquino (1994). Suma de Teología, Primera Parte, q. 75, a.1 y a.4 (trad. J. Martorell). BAC, pp. 672-676.

Despojando a este ser, así constituido, de todos los dones sobrenaturales que haya podido recibir y de todas las facultades artificiales que no ha podido adquirir sino mediando largos progresos; considerándole, en una palabra, tal como ha debido salir de manos de la naturaleza, veo un animal menos fuerte que unos, menos ágil que otros, pero, en conjunto, el más ventajosamente organizado de todos. El estado de reflexión es un estado contra la naturaleza, y el hombre que medita es un animal degenerado. Hay una cualidad muy específica que los distingue y sobre la cual no puede haber discusión: es la facultad de perfeccionarse, facultad que, ayudada por las circunstancias, desarrolla sucesivamente todas las demás, y que posee tanto nuestra especie como el individuo; mientras que el animal es al cabo de algunos meses lo que será toda su vida, y su especie es al cabo de mil años lo mismo que era el primero de esos mil años. Triste sería para nosotros vernos obligados a reconocer que esta facultad distintiva y casi ilimitada es la fuente de todas las desdichas del hombre; que ella es quien le saca a fuerza de tiempo de su condición original, en la cual pasaría tranquilos e inocentes sus días; que ella, produciendo con los siglos sus luces y sus errores, sus vicios y virtudes, le hace al cabo tirano de sí mismo y de la naturaleza.

Rousseau, J.-J. (2012). Discurso sobre el origen de la desigualdad. Alianza, Primera parte.

Cierto que también el animal produce. Construye su nido, su morada, como la abeja, el castor, la hormiga, etc. Pero sólo produce aquello que necesita directamente para sí o para su cría; produce de un modo unilateral, mientras que la producción del hombre es universal; sólo produce bajo el acicate de la necesidad física inmediata, mientras que el hombre produce también sin la coacción de la necesidad física, y cuando se halla libre de ella es cuando verdaderamente produce; el animal sólo se produce a sí mismo, mientras que el hombre reproduce a toda la naturaleza; el producto del animal forma directamente parte de su cuerpo físico, mientras que el hombre se enfrenta libremente a su producto. El animal produce solamente a tono y con arreglo a la necesidad de la especie a que pertenece, mientras que el hombre sabe producir a tono con toda especie y aplicar siempre la medida inherente al objeto; el hombre, por tanto, crea también con arreglo a las leyes de la belleza. Es sólo y precisamente en la transformación del mundo objetivo donde el hombre comienza a manifestarse realmente como ser genérico. Esta producción constituye su vida genérica laboriosa. Mediante ella aparece la naturaleza como obra suya, como su realidad. El objeto del trabajo es, por tanto, la objetivación de la vida genérica del hombre.

Marx, K. (1966). «El trabajo enajenado». En Escritos económicos varios (trad. W. Roces). Grijalbo, pp. 67-68.

El hombre es la única criatura que tiene que ser educada. Bajo el nombre de educación entendemos, en efecto, el cuidado, la disciplina y la instrucción junto a la formación. El hombre es, en consecuencia, lactante, alumno y aprendiz. Los animales utilizan sus fuerzas, no bien tienen algunas, regularmente, es decir: de tal manera que no les sean dañosas a ellos mismos. La disciplina o la crianza transforman la animalidad en humanidad. Un animal es todo ya por su instinto; una razón extraña ha cuidado ya de ello en lugar de él. Pero el hombre necesita de su propia razón. No tiene instinto, y tiene que hacerse el plan de su conducta. Pero como no está inmediatamente en condiciones de hacérselo, sino que llega al mundo sin estar desarrollado, otros tienen que hacerlo por él. El género humano debe hacer que aparezcan por sí mismas todas las aptitudes naturales de la humanidad, paulatinamente y poniendo su propio esfuerzo. Una generación educa a la otra. El hombre sólo por la educación puede llegar a ser hombre. No es nada más que lo que la educación hace de él. Hay que notar que el hombre es sólo educado por hombres, hombres que, a su vez, están educados. De ahí que también la falta de disciplina e instrucción es lo que hace que algunos hombres sean malos educadores de sus alumnos. Es maravilloso imaginarse que la naturaleza humana se ha de desarrollar por la educación cada vez mejor, y que a esta se la pueda impartir de una forma que sea adecuada a la humanidad. Esto nos abre la perspectiva hacia un futuro género humano más feliz.

Kant, I. (2009). Sobre pedagogía. Encuentro, §§ 1-7, pp. 28-32.

Debéis, pues, saber que hay dos modalidades de combate: con las leyes, uno; con la fuerza, el otro. La primera es propia del hombre, la segunda, de las bestias; mas al no ser a menudo suficiente la primera, es menester recurrir a la segunda. Un príncipe requiere, por tanto, saber usar bien de la bestia y del hombre. Y tener como preceptor a alguien mitad hombre mitad bestia no significa sino que un príncipe necesita saber hacer uso de una y otra naturalezas, y que la una no dura sin la otra. Así pues, necesitando un príncipe saber hacer buen uso de la bestia, debe entre todas secundar a la zorra y al león, porque el león no se defiende de las trampas, ni la zorra de los lobos. Requiere, por tanto, ser zorra para reconocer las trampas, y león para amedrentar a los lobos. No puede, en suma, ni debe, un señor prudente mantener su promesa cuando el hacerlo se le vuelve en contra, y han desaparecido las razones que le llevaron a hacerla. Así pues, un príncipe no tiene por qué poseer todas las propiedades antedichas, pero sí es del todo necesario que parezca poseerlas. Más aún, hasta me atrevo a decir que, si las tuviera y observara siempre, le serán perjudiciales, mientras que si aparenta tenerlas le son útiles; por ejemplo, parecer clemente, leal, humano, íntegro, devoto, y serlo; pero con el ánimo predispuesto a que, en caso de necesidad, puedas y sepas convertirte en lo contrario.

Maquiavelo, N. (2011). El Príncipe, cap. XVIII. Gredos, pp. 58-60.